

cional o extranjero. Pero en mi vida, si yo soy un país, ese país es de todos. Parcelar el planeta y considerar ajeno, extraño, a un ser humano no cuadra con mis principios éticos.

—Volviendo a la literatura, ¿es posible despoetizarse?

—Yo lo intenté y pensé que lo había conseguido, pero no es verdad. Lo que conseguí fue desprenderme, por medio de la escritura de un libro, feo, cacofónico, malsonante adrede, de las manías de poeta.

—¿Ahora escribe versos?

—No, de momento no.

—Dice de momento...

—Es que cuando leo la poesía de otros a menudo me viene un calorillo a los dedos, se me pasa enseguida, unas ganitas otra vez... Lo que no me gustaría es caer en la automatización del poema o atender a la realidad con poemas. Por otro lado, una de mis grandes no sé si obsesiones o aficiones es el comportamiento humano, y el comportamiento humano, no el mío, sino el de mucha gente a la que observo, me lleva directamente a la narrativa.

—En sus poemas hay muchas alusiones al mar, a ese mar del que vive alejado desde hace décadas.

—El mar no es para mí un elemento meramente decorativo o paisajístico. Yo nací a quinientos metros del mar y ha sido durante muchos años una compañía grata que, de alguna manera, me permitía, ya en la niñez, situarme en el mundo. Probablemente, los que no creemos en el cielo hallamos un sucedáneo en el mar como extensión muy grande que no cambia. De manera que cuando visito mi ciudad y contemplo el mar tengo la sensación de estar viendo lo mismo que otros seres humanos hace cinco, diez mil, veinte mil años. Y esta sensación es algo que me estimula, que me induce a conversar, no voy a decir a rezar, pero sí a tratar de comunicarme con esta extensión que sé que me precede y que me sucederá. Yo vivo desde hace muchos años en una ciudad sin mar, y he intentado engañarme imaginando que el mar es sustituible por el bosque. Entonces, el bosque ha tomado esta dimensión grande ante la cual, desnudo y humilde, me sitúo, medito, observo.

—¿Y sigue siendo la vida “una turbación confusa”?

—(Ríe) De esto estoy seguro. Aunque yo hago una vida muy retirada y soy muy hogareño, en cuanto pongo un pie en la calle ya oigo la turbación, el ruido, el debate, el conflicto, la polémica, el escándalo. Esto va con los genes del ser humano.

—“No se hizo para mí el vocablo tierno de quien a solas reza”... ¿Qué vocablo se hizo para usted?

—Pues se hicieron muchos. Pero yo recibí una educación religiosa y llegué un momento en que dejé de creer y de rezar y acepté el estoicismo.

—En el libro hay un poema largo dedicado a eso, *Perla candente*.

—Sí, es un poema en el que expongo mi concepción de la vida humana. Yo tengo el convencimiento de que hemos nacido por casualidad, lo cual no quiere decir que no tengamos que

darle un sentido a este cupo de años que nos corresponde. Yo estoy muy agradecido a la vida.

—Que cantaba Violeta Parra.

—Sí, esa es una canción que yo cantaba a mis hijas cuando eran pequeñas como una nana. La filosofía que está introducida en esa canción la comparto, la sigo compartiendo.

—¿Le habitan todavía “incierto reclusos cuyo oficio es padecer las llagas de su dueño”?

—Bueno, ahí andan. También creo que eso es muy humano, la impostura, dar una imagen social que luego no se corresponde con la privada. Yo esto lo puedo aceptar como novelista que finge historias, que quiere provocar o hacer reír. Pero en poesía no, mi poesía recoge mi pequeña verdad personal.

—¿Y cuál es su verdad?

—Una verdad positiva, de postulación del abrazo, de indignación ante la injusticia y el derramamiento de sangre, la belleza, la armonía, es decir, todo aquello que hace de la vida algo mejor.

“Mal irá un escritor que dé la espalda a la realidad social en la que vive”

—En otro poema escribe algo así como que “no son míos los ojos que contemplan lo que temo”. ¿Cuáles son ahora sus temores?

—Yo no soy un ente autónomo. Yo estoy unido familiarmente a otras personas y socialmente a otros grupos. Entonces, la desarmonía, los conflictos, considerando, además, la tierra de la que yo procedo, me causan vivo temor. Eso es un temor constante que me lleva a la reflexión. Hay otros temores relacionados con la salud, no sólo con la mía, también con la salud de los míos. No me veo como un señor sentado apaciblemente en un sillón, sino que el temor es un ingrediente que afortunadamente no se apodera de toda mi psicología pero que está ahí, haciéndome advertencias. No temo a la muerte, por ejemplo.

—¿No?

—No, no. Me gustaría vivir un poco más, porque todavía quiero poner un par de huevos en el nido, pero la tengo perfectamente aceptada. Sí temo el dolor. El dolor principalmente me enfada, pero después termina efectivamente desanimándome.

—Otro poema muy emocionante es *Hija*. Creo que esto nunca se lo he preguntado a un escritor, sí a una escritora, pero no a un escritor: ¿cambia la paternidad a un escritor?

—Pero totalmente, totalmente. La paternidad a mí me ha dado otros ojos, otros oídos, sobre todo me llenó el cuerpo de empatía. De repente, mi yo pasó a un segundo plano. Es de las cosas más bonitas que me han pasado en la vida, no exenta de problemas, porque hay enfermedades, caídas, preocupaciones, pero desconozco la soledad. Y lo que yo más agradezco

a la paternidad no es solamente la posibilidad de ejercer un amor que no busca recompensa, sino que me ha permitido un poco librarme del ancla del yo, de estar ocupado siempre en mí, en lo mío. Pero, además, todo mi trabajo literario se ve de pronto justificado, el horizonte último de mi esfuerzo literario ya no es el éxito o el aplauso o las buenas críticas, sino un poco contribuir al bienestar de la familia. Es decir, que yo también trabajo para echar una mano, tal vez económica, a la familia y, entonces, eso me libra de la pereza, de escribir cuando me vengan las ideas y en cierto modo acabé profesionalizando la actividad. Ahora mismo, yo no sería comprensible sin la paternidad. Y la paternidad se corresponde con la maternidad, y esta unión eleva la convivencia con la otra persona a un plano maravilloso.

—Poema muerto es la evidencia de que el escritor no puede vivir de espaldas a la historia. Y eso también es la demostración de que la escritura es un compromiso, ¿no cree?

—Bueno, no soy muy aficionado a la palabra compromiso, porque creo que es inherente al hecho de que uno se exprese para los demás. Y porque, además, huele a cierta tendencia ideológica que ya parece como que te la imponen. Pero mal irá un escritor, poeta, novelista, que dé la espalda a la realidad social en la que vive. El mundo se extiende más allá de la habitación donde uno está, hay otras personas, hay conflictos, hay guerras. En el poema que ha citado está la conciencia de que uno, en cierto modo, es resultado de la historia, también. Uno nace aquí o allá o no nace dependiendo del destino de sus antecedentes. Yo perdí a mi abuelo en la Guerra Civil combatiendo con estas personas del bando contrario que destruyeron Irún. Me pareció que debía expresarme por medio de un poema cuando lo hice, pero luego no voy a la calle diciendo, eh, que yo también estoy comprometido. Buscar esos salvoconductos culturales a mí no me gusta. Yo necesitaba escribir ese poema, yo he necesitado escribir sobre o contra el terrorismo y lo he hecho por muchas razones, entre otras porque tengo una conciencia moral que me pide: “Muchacho, ¿aquí no tienes nada que decir? Estás ante una injusticia, ante unos horrores, aquí hay gente que está lanzando misiles, ¿no tienes nada que decir, sigues con tus mariposas y con tus hojas de roble de otoño?”. Pero eso es un compromiso que yo adquiero, que yo admito, no es simplemente que me agregue a una tendencia.

—Es triste lo que dice, porque es verdad. Al final, la palabra compromiso ha terminado pervirtiéndose.

—Sí y, además, ha terminado significando algo demasiado simple que tiene que ver solamente con el tema de lo que se escribe. Y olvidamos que las palabras también tienen connotaciones, tienen musicalidad y que incluso el compromiso debería ser eficaz y para eso no debería estar exento de una escritura esmerada o armónica, que cualquier porquería no vale por el hecho de que coincida con una protesta.

Un perfumista con alma

Silvia Sancho

Tendencias, 448 páginas

Ventura es el nariz fantasma de la casa de moda Lladó. Su talento, su carisma y sus conocimientos sobre perfumería no le han bastado para conservar su trabajo. El presidente de la *maison* le avisa: o crea una fragancia superventas o será despedido. Cuenta con tres meses para cumplir con la tarea, un plazo irrisorio, pero tendrá ayuda. Alma Trinidad es la nueva directora artística de la división de perfumería de Lladó. Mariano, el presidente, la ha contratado para encauzar el torrente desbocado que es la creatividad de Alexander: lo que no sabe es que Alma y Alexander ya se conocían... S.R.



El primer caso de Unamuno

Luis García Jambrina

Alfaguara, 288 páginas

Miguel de Unamuno es detective en este *thriller* ambientado en 1905. Enrique Maldonado, propietario de las tierras del municipio salmantino de Boada y cacique local, aparece apunhalado en las afueras del pueblo. Los vecinos son los principales sospechosos y Unamuno, que escribió un artículo incendiario para denunciar las condiciones de vida de los campesinos, decide investigar el crimen con la ayuda de Manuel Rivera, abogado de los detenidos, y Teresa Maragall, una misteriosa anarquista. Van apareciendo más cadáveres y Unamuno se topará con el poder y sus insidias.



El abogado del diablo

Steve Cavanagh

Roca, 416 páginas

Cuando Skylar Edwards aparece muerta en Buckstone, Alabama, la policía arresta a la última persona que la vio con vida, Andy Dubois, el joven universitario con el que Skylar trabajaba en un bar. La ciudad hierve de rabia, parece que a nadie le importa que Andy sea inocente. Y vuelve Eddie Flynn, el brillante abogado de Nueva York con un oscuro pasado de timador, para viajar al sur y hacerse cargo de la defensa de Andy, desmontar la acusación del fiscal y salvar al joven de la silla eléctrica. Pero Eddie solo siete días para encontrar al verdadero asesino. En una semana el juez leerá el veredicto. T.G.



LOS MÁS VENDIDOS

FICCIÓN

1. Las hijas de la criada. Sonsoles Ónega (Planeta).
2. Alas de sangre. Rebecca Yarros (Planeta).
3. El problema final. A.P. Reverte (Alfaguara).
4. La armadura de la luz. Ken Follet (Plaza&Janés).
5. Nadie contará la verdad. P. Feijoo (Ediciones B).

NO FICCIÓN

1. Hábitos atómicos. James Clear (Planeta).
2. Cómo hacer que te pasen cosas... M. Rojas (Espasa).
3. Deja de ser tú. J. Despenza (Urano).
4. Invicto. Marcos Vázquez (Círculo Rojo).
5. Acontece que no es poco. Nieves Concostrina (Esfera).

EN GALEGO

1. Ninguén contará a verdade. P. Feijoo (Xerais).
2. Síbaris. D. Villar (Galaxia).
3. Nós/Álbums de guerra. Alfonso R. Castela (Akal).
4. Deus salve as raíces. Leticia Costas (Xerais).
5. O elefante que perdeu o seu ollo. Ofogo/Taeger (Kalandraka).